

COLECCION LITERARIA

Zurce que Zurce Líricos Chismes

Pero ¡ay!, si ya mis rosas
me las comí hace tiempo en ensalada.

L. C. L.

EN Colombia sólo los versificadores de segundo orden siguieron a Rubén Darío, y su ambiente poético lo llenaban Silva y Valencia —y con ellos quienes espigaban en los fastuosos predios del romanticismo francés, o en los crepusculares jardines becquerianos, de delgada y temblorosa claridad—, cuando apareció en escena el famoso Tuerto López. Al publicarse su primer libro, *De mi villorrio* (1908), Darío vió en él al heraldo de una nueva poesía. En cambio, don Antonio de Balbuena —fruncido el entrecejo y con los cabellos de punta—, sentenció: “Los versos de Luis C. López son una sarta de inconveniencias que parecen escritas con el solo propósito de burlarse de los lectores.” Naturalmente . . ., los críticos de trastienda aplaudieron la sentencia, y los jóvenes hispanoamericanos se dieron a leer y muchos a imitar las inimitables travesuras del genial cartagenero.

Razón tiene Federico de Onís al considerar a López como “uno de los poetas más originales y valiosos de América, en su género. y en su momento el primero”, pues su actitud poética, “la más propia y típicamente post-modernista, encarna el modernismo visto al revés”.

En efecto, con Luis Carlos la poesía modernista se perfeccionó al deshacerse en humorismo; se hizo desprevenida y espontánea; abandonó todo anhelo de exotismo, penetrando en la vida de los pueblos, para revelarla en la comicidad de sus tragedias cotidianas;

se dió a la busca de imágenes nítidas y precisas, y se deleitó en el uso de un lenguaje incisivo, casero, directo, lleno de color y de olor, de encanto irresistible. Cosas de ambiente y de temperamento . . .

Sin juventud la cosa está fregada.

L. C. L.

La patria del poeta, Cartagena de Indias —“donde la inquieta y arrocinada grey agua su vino”—, es una ciudad pintoresca e interesante, rica en tradiciones y leyendas heroicas. Fundóla en 1533 el madrileño don Pedro de Heredia, y fué en tiempos de los grandes Felipes la más fuerte y codiciada de las costas americanas, porque en ella se concentraban todas las riquezas que del Nuevo Mundo llevaban a España los galeones.

Reclinada en un banco de arena, Cartagena se aduerme en un estero extenso y profundo, que rodea una serie de colinas coronadas de almenados castillos, con sus torreones, casamatas y baluartes, imponentes y gloriosos. Gran parte de la ciudad está fuertemente amurallada.

Desde el desmantelado Castillo de San Fernando —de gran patio flanqueado de calabozos de piedra, oscuros, húmedos y de fama horripilante en los anales colombianos—, se ve un panorama espléndido: arriba el cielo, “de una benevolencia de zafiro”; a lo lejos el Mar Caribe, abierto, bravío y peligroso; la “bahía”, de aguas esmeraldinas, ligeramente rizadas por las brisas, cubierta aquí y allá de islotes que parecen jardines flotantes, y de caletas sombreadas por espesos manglares; las playas de finísimas arenas blancas, donde cabrillean las olas rumorosas; y más allá . . . la “Reina de las Indias”, con sus majestuosos edificios coloniales, sus vetustas casas blancas de balcones voladizos y tejados rojos manchados de negro, verde y ocre. Palmeras, geranios, buganvillas. Luz, color, abigarramiento tropical, y olor de origen africano, que a todas las cosas y personas se pega, penetrante e inevitable . . .

Todo en Cartagena fué actividad, orgullo y ostentación de fuerza y de galantería, en los “buenos tiempos viejos” . . . Ahora, en sus recias fortificaciones, sólo se ven nobles cicatrices hechas por bombas y granadas en tantos sitios y asaltos memorables . . . Es una ciudad romántica, fiera y venerable, en cuyo ambiente —aristocrático antes y severo, ahora rancio, satisfecho y zumbón— se respiran las leyendas y las tradiciones heroicas como se respiran sus aires perfumados de yodo y de fritanga.

¿Qué opina de ella su poeta, y qué hizo a su sombra, como un hongo de la riba?

“Yo soy —dijo— eminentemente anfiscio, y Cartagena lo es en sumo grado” . . . “Aquí hay que prosternarse, conmovido por

dentro y burlón por fuera", ante los hombres, los recuerdos y los ensueños. "Yo encuentro muy cómica la Casa del Virrey, en donde viven mis tías, por tener blasonadas las puertas de la despensa y llenos los muros de escudos señoriales; en cambio ¡qué conmovedor, cuán digno de lágrimas —sin dejar por eso de sonreír— es el espectáculo de un perro sin dueño que mira fijamente a dos negras que comen bollo-limpio a la orilla del mar!"

En Cartagena —"tierra del cangrejo, de la pulga, del mosquito y del jején" . . . "donde nada es atroz"—, Luis Carlos vivió "lleno siempre de una ingente tristeza" y "con un infinito deseo de emigrar" . . . Pero allí —quizás "de puro sinvergüenza"— se divirtió de lo lindo, soñó, entró en aventuras espiritistas, se hizo "hasta masón y liberal", y zurció y zurció líricos chismes en tiendas y cantinas, y muy especialmente en El Bodegón, "centro de grandes iniciativas" donde se reunían los intelectuales cartageneros a echar pico y tijera, por irritar un poco la vida del "villorrio" y sazonar su diaria rutina "de una simplicidad de vaselina".

Alguien me hizo bachiller,
zascandil, anacoreta,
dándole a mi yantar poco cocido.

L. C. L.

Vástago de estirpes castellana y vizcaína, dicen —y se sospecha que de estirpe sefardita, a juzgar no por su apellido, sino por sus actitudes—, Luis Carlos es hombre de hogar, y como tal se pasó unos cuarenta y cinco años en su casa de la Calle de la Inquisición, número 24, pesada, colonial, llena de polvo y telarañas, de amplio zaguán acogedor y escalera de calicanto que alumbra un farol de aceite de alegre historia y mejor chisporroteo . . .

No recibió "esmerada educación" en ningún colegio oficial, pero leyó muchos libros, clásicos y modernos, con la curiosidad del niño que ve jirafas, canguros y papagayos en algún jardín zoológico. Es pálido, menudo, flacuchento, nervioso y feo como él solo: frente amplia y abombada, labios finos, movibles, y quijada menudísima; al respirar dilata angustiosamente la nariz, una nariz respingadita y buscarruidos donde cabalغان temblorosas las gafas de oro, sin apoyarse en las orejas, que las tiene descomunales; lleva sin peinar los negros cabellos, y un bigotillo alacranado, oliscoso e impertinente, que nunca llegó a ser mosqueteril aunque lo cuidaba con amor. . . Sus ojos son claros, penetrantes, vivarachos, y, para colmo de desdichas, tiene torcido el derecho, y derecho el izquierdo, que es el bueno. Por eso lo llaman El Tuerto, aunque se sabe a ciencia cierta que con el ojo "tuerto" mira muchísimo mejor que con el "bueno".

Luis Carlos vivió entre ruinas, sahumeros, escapatorias, supersticiones y leyendas, escéptico él y "libre de torpes rebeldías" . . . "fingiendo la indulgente pasividad del buey" y soñando con haber sido cura de pueblo, "gordo y feliz", capaz de ganar elecciones municipales "sin gatuperio alguno", y "no sin llevar a cabo, entre la recta sociedad de su grey, una colecta para los niños del Celeste Imperio" . . .

En Cartagena, López escribió versos por mero pasatiempo, ya que para él la literatura es "una paparrucha" desabrida, "una puerilidad sin importancia", que cultivó gustoso como fuma cigarrillos y juega al billar o atisba —con el ojo tuerto— a las mulaticas sandungueras, "sospechosas como un desfiladero" y "traidoras como la cerradura de un hotel". Su vida —dice— "ha sido una flor inútil, sin tallo y sin olor". Y, sin embargo. . .

Luis C. López —afirma el Maestro Sanín Cano— es un artista "de altas dotes, cuyo instrumento natural y de predilección es la frase rimada, y cuya alma desvelada y llena de piedad comunicativa descubre en los objetos y en las relaciones de unos fenómenos de la naturaleza con otros, aspectos extraños, de una belleza nueva superior o inferior a la que percibe el vulgo de los espectadores, no sólo en grado, sino también en esencia".

No nos extrañemos. Luis Carlos es un verdadero humorista, capaz de colocar a la realidad en posturas difíciles, y de lanzar el mal y todas sus "inconveniencias" por los sorprendentes y gratísimos resbaladeros del ridículo.

El humor se halla en todos y en cada uno de los versos del Tuerto López, y en forma tal que causa maravilla.

Luis Carlos es un hombre solitario y pensativo, de temperamento travieso y ágil fantasía. Nació y vivió en un mundo luminoso y vibrante, donde no hay mansas nieblas amenazadoras, que esfuman los perfiles de las cosas y velan sus colores, y hieren el ánimo volviéndolo ensimismado y quejumbroso. Pudo haber sido un pintor goyesco, pero no lo es. No cree en nada, y de nada duda. Es pleno, y se ríe de todo, pero detrás de su sarcasmo aletean sentimientos delicados y románticos. Para huir del aburrimiento, quisiera ser movable como agua de manantial, y sabio como la "lírica cigüeña" que, después de "ordeñarle la ubre al conjilón", vuela por los espacios donde tiemblan las discretas lumbres del crepúsculo. Su genio es humorístico, sí, pero es también musical, que no pura y genuinamente plástico. A través de la trama de sus lienzos —y eso son a menudo sus poemas— se ven la idealidad y la ternura, en los hilos de la urdimbre esencial. Y su arte, tan cercano y concreto, se eleva hasta lo trascendental, sin meterse ni con lo trágico, ni lo místico ni lo divino.

Como el barbero de su soneto insuperable, el Tuerto vive sin ritmo, usa chalecos de piqué, oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire; y a pesar de su flacura, y por hacer sociables el calor

y la gravedad tropicales, bebe cerveza, sale a la calle en mangas de camisa, sin cuello, de zapatos y sin medias: es tan catastrófico, para la América hispana, como lo sería la muerte del diablo, o su matrimonio. . . Furtivo y estridente, les hace cosquillas a lo venerable y lo sagrado con el alfiler de su socarronería. Inconforme y libre, no se desespera nunca. Al contrario: tendido en su hamaca india, cultiva su pereza y respira las picardías ambientales. Y como sabe que la vida es "demasiado cotidiana" y que la juventud sólo viene con los años, se burla de cuanto Dios crió, y lo convierte todo en serpentinadas de sorprendente comicidad, que arroja a los lectores con una mueca de displicente generosidad. Así, ha realizado un verdadero milagro en nuestra América sobrecogida de pavor afro-indio y enquistada en el ceremonial del coloniaje: ni se ha enamorado de lo heroico, ni se ha dejado vencer por lo solemne. Ríe, y salta por encima de la violencia, el engreimiento y la envidia que caracterizan la gelatinosa vida tropical, y la hacen insoportable. Por sus chismes no se siente herido ni fastidiado, porque él los lleva en el alma, y los echa a volar cual pajaritas de oropel por esos mundos penumbrosos de nuestra América católica y sentimental. . . A veces falsifica las realidades patrias, pero lo hace con sinceridad y sin intención de engañar a nadie, como un chiquillo que pinta monos en los ahumados muros de la cocina familiar.

López no gusta de alinear su aburrimiento, ni les pone música de cámara a sus ternuras íntimas. No se ha empapado de angustias metafísicas, ni ha coqueteado con el Cosmos. Sus nervios no vibran al trémolo de la Muerte, sino al alegre cascabeleo de la Vida. Mas no se crea que él es "un viejo verde y desalmado", como dicen por ahí. . . Es cierto que su humorismo le pintó grotescos lunares a la luna, y aprisionó a las estrellas, para ponerlas en escabeche o venderlas como abalorios. Pero. . . ¿no era necesario y oportuno en Hispanoamérica? Creemos que sí. Selene —meciéndose lejana, bella y perversa sobre la romántica indolencia de nuestras gentes— se había convertido en una amenaza social; inventó amores imposibles y se hizo amiga de los sepultureros, convirtiendo los cementerios en clubs y llenándolos de saucos, ranas, cuervos, artistas sensitivos y damitas en trance de morir sin ejercitar sus virtudes. . . Y las estrellas —magas de poca vergüenza y ningún miramiento— se habían metido en botellas de ajeno para salir vestidas de lágrimas y suspiros, como de gasas impalpables, demoleadoras. . . Desde el Anáhuac hasta las pampas, la luna, las estrellas, el silencio nocturno, el cielo profundo, y demás, estaban diezmando la interesantísima población de los incomprensidos. Por fortuna vino al mundo Luis C. López, del brazo de la modernidad. La luz eléctrica acabó con los claros de luna y desflecó las estrellas vespertinas; la música jazz agujereó el silencio de la noche; los instrumentos de precisión hicieron trizas al cielo con sus misterios, y Luis Carlos rimó sus chismes alados y penetrantes. Pero él nunca llegó a "liquidar" ni a la

novia de la niñez, ni al lejano azul, ni muchísimo menos a la dulce abuelita de los cuentos. A pesar de su escepticismo, el Tuerto es como eran los autores de la picaresca española, sus antepasados, que llevaban escondida en su escarcela rota y roja una linda moneda de genuina idealidad.

Luis C. López es original. No ha aceptado normas. No se ha estremecido con temblores ajenos. No ha lisonjeado ni siquiera a los poderosos. Si lo han nombrado de Cónsul en Munich, primero, y luego en Baltimore, es porque en Colombia sólo él y el Estado tienen buen sentido del humor; y si ha rimado sus breves comedias verbales, es porque así resultan más palatales y eficaces. . .

Poeta esencialmente postmodernista, Luis Carlos ha escrito versos perfectos, prefiriendo las líneas curvas, que acarician, y evitando las líneas rectas y los períodos numerosos, que humillan o adormecen. Su fantasía pesca motivos tropicales —con anzuelos de vidrio— y los injerta en versos clásicos donde, cojín cojeando, la risa brilla en imágenes novedosas, y deslíe la yerta geometría de las cosas lúgubres y los hechos importantes. En su obra no triscan el sabor del limón y el iris perfumado de los licores finos, como en un cocktail, ni se pavonea ninguna moda extranjera: en ella retozan el olor del anisado y la fritanga cartageneros y el brujo cuchicheo de las maracas.

Imitado e inimitable, el Tuerto famoso es español y americano: por lo castizo recuerda a Quevedo, y por lo moderno anuncia a Gómez de la Serna y a Carrera Andrade. Nuevo y viejo, es eterno y único. . .

CARLOS GARCÍA-PRADA,

University of Washington. Seattle, Wash.